

ROSALÍA, POETA EN DOS LENGUAS Y MUJER AVANZADA EN SU TIEMPO

Marina Mayoral

Escritora

doi:10.17075/rcsxxi.2014.050



CONSELLO
DA CULTURA
GALEGA

Rosalía empieza escribiendo y publicando en castellano. En 1857 publica *La flor*, un librito de versos que se mueve en la estela de Espronceda, aunque apunta algunos rasgos de la obra posterior. Tuvo una elogiosa crítica de Manuel Murguía, con quien se casará al año siguiente, lo que hizo sospechar a la crítica que se conocían, aunque Murguía lo negó reiteradamente. En 1863 publica *A mi madre*, otro libro de poesía cuyo tema es la muerte de su madre y en el que, aparte de un sincero dolor y un gran sentimiento de pérdida, encontramos la génesis del tema de la sombra, no la *negra sombra*, que es un símbolo, sino la figura del muerto que ha traspasado el umbral de la muerte, que se ha acostumbrado ya al Más Allá y que se pone en contacto con los seres queridos que han quedado aquí. Esa figura de la *sombra*, que va a recorrer toda la obra de Rosalía, aparece por primera vez en este librito, *A mi madre*.

Publica también dos novelas: *La hija del mar* (1859), una novela que tiene muchos rasgos autobiográficos, que lleva un interesante prólogo, en el que vemos a una Rosalía reivindicadora de libertades para la mujer, y *Flavio* (1861), donde encontramos también abundantes muestras de feminismo. Aunque son obras estimables, nada de lo escrito hasta 1863 daría a Rosalía el puesto que hoy ocupa en la Historia de la Literatura. Pero en ese año publica *Cantares gallegos*, y eso es ya cuestión aparte.

Cantares gallegos es un libro de poesía social, tanto por su contenido como por la intención de la autora. En el Prólogo anuncia su propósito al escribirlo: dar a conocer la tierra gallega, la belleza de sus paisajes y sus costumbres patriarcales para contrarrestar los prejuicios despreciativos que ella considera producto de la ignorancia. También hay denuncia del injusto trato recibido por los trabajadores que van a ganar el pan a Castilla, a quien califica de «miserable fanfarrona» en su dura glosa del cantarcillo popular «Castellanos de Castilla». Y, finalmente, hay una reivindicación de la lengua gallega, ya que pretende demostrar que «o noso dialecto, doce e sonoro, é tan apropiado como o pirmeiro para toda clase de versificación».

Recordemos que el gallego había sido la lengua poética de la península ibérica. Alfonso X el Sabio impulsa el uso del castellano frente al latín para las obras históricas y jurídicas, pero cuando escribe poesía lo hace en galaicoportugués. Pero eso era historia cuando Rosalía escribe. El gallego era entonces la lengua de los marineros, de los campesinos, de los emigrantes, de los pobres, se puede decir. Ella, con *Cantares gallegos*, consigue poner de nuevo al gallego en la órbita de las lenguas literarias.

Y hay, además, otro aspecto que convierte a *Cantares gallegos* en un libro de poesía social. Rosalía dio voz a un pueblo que había perdido su voz. Podemos decir que se convirtió en la voz del pueblo gallego. Y para serlo tuvo que salir de su propio mundo interior. Rosalía en *Cantares* no habla de sí misma, de su visión del mundo, que ya entonces era triste y desoladora. Sale de sí misma para entregarse por completo a cantar a su pueblo. En *Cantares gallegos* está Galicia, su idiosincrasia, su forma de ver la vida, Por sus páginas se mueven jovencitas que le piden un novio a San Antonio, o que quieren seducir a un pastor guapo, aunque el cura les diga que lo que están haciendo es pecado. Hay penas, pero también picardía, sensualidad y hay una alegría que no volveremos a encontrar en la obra de la autora.

Fue bien recibido por crítica y público, creo que en parte porque no se percataron de la carga de profundidad que encerraba. Rosalía había dicho que se había inspirado en los *Cantares* de Antonio Trueba y el libro se encuadró en la literatura folklórica, canciones del pueblo. Se fijaron en la sonoridad, en la belleza de los versos, en las descripciones de fiestas y vestidos, y se pasó por alto la denuncia de las injusticias sufridas por Galicia y por los trabajadores gallegos. De igual modo, el uso del gallego se entendió como elemento adecuado para los cantos populares, ignorando la reivindicación de lengua culta que pretende la autora. De otra forma, este libro escrito por una mujer no habría recibido tantos elogios. La sociedad de la época repudiaba esas libertades en las escritoras. Las mujeres podían escribir sobre sentimientos fraternos, filiales, maternos o conyugales, sin pasarse. También sobre el dolor del abandono, pero, ¿poesía social? De ningún modo. Si apoyaron el libro fue porque lo entendieron como exclusivamente folklórico, como los *Cantares* de Antonio Trueba, pero el libro de Rosalía va muchísimo más allá

Después de *Cantares* Rosalía vuelve a escribir en castellano: en 1866, *Ruinas*, una novela, y «Las literatas», un cuadro de costumbres donde denuncia los ataques de la sociedad contra la mujer escritora. En 1867, publica *El caballero de las botas azules*, que está considerada su mejor novela, y tras ella nos encontramos con un largo silencio editorial. Rosalía escribe, pero no publica hasta el año 1880, en que da a la imprenta una verdadera bomba literaria:

FOLLAS NOVAS

Cantares se podía encuadrar en la literatura folklórica y por eso fue bien recibido. Pero *Follas novas* se pregunta por el sentido de la vida, tema vedado para la literatura femenina de la época, y para colmo lo hace con versos escritos en una lengua supuestamente inculta.

¿Por qué vuelve a escribir en gallego? Porque es consciente de su gran papel en el renacimiento de la literatura gallega. La aceptación que tuvo *Cantares gallegos* la lleva a decir en el Prólogo de *Follas novas*:

Creerán algús que porque, como digo, tentei falar das cousas que se poden chamar homildes, é por que me esprico na nosa lingua. Non é por eso. [...] comprendín que [...] quedaba obrigada a que [*Cantares gallegos*] non fose o primeiro i o último. Non era cousa de chamar as xentes á guerra e desertar da bandeira que eu mesma había levantado.

Estamos hablando de guerra y de bandera. Está luchando, de nuevo, por reivindicar el uso del gallego y por muchas cosas de su tierra. Es un libro que tiene una gran parte de poesía social, en la que desarrolla con tintes sombríos el tema de la emigración y de las viudas de vivos y viudas de muertos, esas mujeres que se quedaban en Galicia, cuidando a los hijos y a los viejos, trabajando la tierra y manteniendo la economía de la familia y del país, esperando a un hombre ausente que muchas veces no volvía o que sólo regresaba para ser enterrado: algo había que devolverle a la tierra y le devolvían los huesos. Hay muchas voces de mujer en *Follas novas*. Mujeres que, a veces, hablan con una voz dulcísima, que recuerda las cantigas galaicoportuguesas, como en el poema «Tecín soia a miña tea». Es la mujer que cuenta cómo lo hace todo sola, cómo va al campo, cómo corta el

tojo, cómo lo lleva cargado sobre sus espaldas y, después, sola en su pobre casa, le pide a las golondrinas que le traigan noticias de su hombre desaparecido. Pero hay también voces terribles de mujeres desesperadas, de mujeres que ya no quieren seguir esperando, que van a dejar morir lo único que conservan del hombre que no vuelve:

Non coidaréi xa os rosales
que teño seus, nin os pombos:
que sequen, como eu me seco,
que morran, como eu me morro.

En el resto del libro, Rosalía habla de su mundo interior, hace poesía lírica, plantea las grandes preguntas de la existencia y no hay una respuesta religiosa, a lo sumo deja constancia del silencio de Dios.

Está claro que con *Follas novas* quiere consolidar el gallego como lengua de cultura, y está claro que sabe que eso es una lucha y que ella es su abanderada. Pero en ese prólogo dice también algo que ha desconcertado a cuantos han estudiado a la autora: «Pagada xa a deuda en que me parecía estar coa miña terra, difícil é que volva a escribir máis versos na lingua materna».

Y, en efecto, así fue. Tras *Follas novas*, publica en 1881 *El primer loco* y en 1884 *En las orillas del Sar*.

¿Qué está reivindicando con las palabras citadas? Para entenderlas cabalmente tenemos que hacer, como en las novelas y en el cine, un *flashback*, e ir a los textos de *La hija del mar*, *Flavio* y «Las literatas». En ellos Rosalía está reivindicando la libertad de expresión para las escritoras, la desaparición de los límites y cortapisas que se ponían a sus obras:

Pasados aquellos tiempos en que se discutía formalmente si la mujer tenía alma y si podía pensar [...] se nos permite ya optar a la corona de la inmortalidad, y se nos hace el regalo de creer que podemos escribir algunos libros, porque hoy, nuevos Lázaros, hemos recogido estas migajas de libertad al pie de la mesa del rico, que se llama siglo XIX.
[...] Todavía no les es permitido a las mujeres escribir lo que sienten y lo que saben.
(Prólogo a *La hija del mar*, 1859).

Rosalía, desde el año 59, está reivindicando la libertad de expresión para las mujeres.

En la novela *Flavio* hay una serie de declaraciones de tipo feminista muy interesantes. Se opone a la imagen de la amada romántica que, cuando es abandonada, todavía recuerda con amor al seductor. Pensemos en el personaje de Elvira de *El estudiante de Salamanca*: «Perdón, perdón ¡Dios mío! / si aún gozo en recordar mi desvarío». Rosalía arremete contra ese tópico y dice al que le alaba ese modelo de mujer:

No comprendo -dijo Mara, enojada- cómo podemos cometer jamás la debilidad de confesaros nuestros sentimientos... ¡Decid que queréis vernos esclavas y no compañeras vuestras; decid que de un ser que siente y piensa como vosotros queréis hacer unos juguetes vanos, unas máquinas, ya risueñas, ya plañideras y llorosas, que, a medida de vuestro deseo, estén alegres y canten al ruido de sus cadenas, o lloren y gimán en vano al compás de vuestros cantos de olvido!...

Y pide que se mida a las mujeres con los parámetros que se utilizan para medir la valía de los hombres. El talento y no la belleza, la dulzura y la sumisión es lo que se debe estimar en ellas.

Si la fuerza moral y el talento son las únicas cosas por (las) que el hombre debe ser alabado y respetado; si el hombre más raquítico y horrible debe ser acatado y venerado cuando su frente cobija pensamientos gigantes, nosotras podemos ser en esto tanto como vosotros. (*Flavio*, 1961).

En el artículo de costumbres «Las literatas» denuncia el rechazo que sufren las escritoras, no solo por parte de los hombres sino también de las mujeres:

Las mujeres ponen en relieve hasta el más escondido de tus defectos y los hombres no cesan de decirte que una mujer de talento es una verdadera calamidad, que vale más casarse con la burra de Balaam y que sólo una tonta puede hacer la felicidad de un mortal varón.

[...] los hombres miran a las literatas peor que mirarían al diablo [...] únicamente alguno de verdadero talento pudiera, estimándote en lo que vales, despreciar necias y aun erradas

preocupaciones; pero... ¡ay de ti entonces!, ya nada de cuanto escribes es tuyo, se acabó tu numen, tu marido es el que escribe y tú la que firmas.

[...] ¿cómo creer que *ella* pueda escribir tales cosas? Una mujer a la que ven todos los días, a quien conocen desde niña, a quien han oído hablar, y no andaluz, sino lisa y llanamente como cualquiera. ¿Puede discurrir y escribir cosas que a *ellos* no se les han pasado nunca por las mentes, y eso que han estudiado y saben filosofía, leyes, retórica y poética, etc.? Imposible, no puede creerse a no ser que viniese Dios a decirlo. ¡Si siquiera hubiera nacido en Francia o en Madrid! ¿Pero aquí mismo?... ¡Oh!... («Las literatas», 1866).

Después de este *flashback*, volvamos a esas palabras terribles, difíciles, con las que dice que no va a volver a escribir más versos en la lengua materna, e intentamos explicarlas. Yo creo que Rosalía está reivindicando la libertad de expresión ya no solo de las mujeres, como hizo en los textos que he citado, sino, de un modo más amplio, la libertad de expresión del artista. El artista es responsable ante su conciencia, y Rosalía la tiene tranquila, ha cumplido el deber que tenía con su pueblo, ha devuelto al gallego su dignidad literaria, ha denunciado las injusticias que se comenten con su tierra... y ahora va a escribir de lo que quiere y de lo que sabe. Y sabe escribir maravillosamente en castellano y lo va a hacer. Escribe *El primer loco*, novela muy interesante, en 1881, y *En las orillas del Sar*, un bellissimo libro de poesía, en 1884.

Un año después de haber escrito el prólogo a *Follas novas*, un episodio desafortunado vino a reafirmarla en su decisión de no escribir más en gallego. Publicó en *El Imparcial* el artículo «Costumbres gallegas», donde habla de lo que se ha llamado «prostitución hospitalaria», que consiste en la costumbre practicada en algunas zonas costeras de ofrecer una mujer soltera de la familia al marino que llegaba a esas costas después de permanecer largo tiempo embarcado. La atacaron en periódicos gallegos por «desprestigiar a Galicia». Ella, en carta a su marido responde indignada:

Se atreven a decirme que es fuerza que me rehabilite ante Galicia. ¿Rehabilitarme de qué? ¿De haber hecho todo lo que en mí cupo por su engrandecimiento?

El país sí es el que tiene que rehabilitarse para con los escritores, a quienes aun cuando no sea más que por la buena fe y entusiasmo con que por él han trabajado, les deben una estimación y respeto que no saben darles [...].

Hazle, pues, presente al editor [...] mi resolución de no volver a coger la pluma para nada que pertenezca a este país, ni menos a escribir en gallego, una vez que a él no le conviene aceptar las condiciones que le he propuesto. No quiero volver a escandalizar a mis paisanos¹.

Me han preguntado muchas veces qué habría pasado si no se hubiera muerto a los 48 años. Solo se pueden dar opiniones. A mí me gusta pensar que habría escrito de nuevo en gallego. Ya no con propósitos reivindicativos, sino porque es la lengua del pueblo que ella amó tanto.

1 *Obras completas II*, edición de Marina Mayoral, Madrid, Turner, Biblioteca Castro, 1993, p. 609.

